

Aksenti Ivanovic Paprinschin, la desafiante locura

«El estado del genio en los minutos de sus descubrimientos es en efecto similar al estado del loco» (Odóvieski, 1836).

ANÁLISIS
JUAN CARLOS DE SANCHO



Se abre el telón! La mayor parte de las personas nos pasamos la vida perdidos entre pensamientos. Un reciente documento médico publicado por la Universidad de Harvard refiere que la mente del ser humano se encuentra vagando de un pensamiento a otro el 50% del tiempo. Está claro que tenemos una mente caprichosa, vehemente, inconstante. Nadie escapa a tan turbulento proceder interior; el patio de los cangrejos siempre anda revuelto y la Comedia Humana no cesa de representar este disparate universal.

¿Estamos todos locos de remate o lo disimulamos con mayor o menor pericia? Si de poetas y locos todos tenemos un poco, ¿cuánto de locura emitimos al exterior, cuánto nos aguantamos para que no se nos note? ¡Oh, el Gran Teatro del Mundo! Si apuntáramos en un diario todas nuestras locuras y la cumplidora sinceridad se mostrara diáfana y segura llenaríamos teatros con nuestras incoherencias y dislates. Teresa de Ávila lo tenía claro, la cabeza es la loca de la casa y siempre dará mucho que hablar y escribir.

Cuando Gógol escribe 'Diario de un loco', ¿sabía de pleno que los seres humanos vagamos a menudo entre pensamientos ambiguos e inconexos? Según el ensayista, profesor universitario, poeta y escritor argentino Eugenio López Arriazu, «en aquella época la locura era todavía un término filosófico», aún no había llegado Freud. El poder político utilizaba este término para encarcelar a los disidentes, a los que se oponían a la ideología reinante; fue el caso de los unionistas en Argentina, perseguidos y declarados locos por pensar diferente a los gobernantes de turno.

Gógol lo pagó también caro, entró en un desánimo profundo al no sentirse del todo comprendido (algo frecuente en cualquier autor innovador) y eso que utilizó la sátira, la ironía, también lo grotesco para mostrar en el escenario sus profundas convicciones sobre el contradictorio proceder humano, las arbitrariedades del



El actor Fernando Navas, en 'Diario de un loco'. **cr**

despotismo, la demencia de las ideas excluyentes, la alienación humana, los deseos de poder, las frustraciones, la identidad pública y privada, la dignidad personal, la autodestrucción.... Lo que sí tenía claro es que la locura pone siempre en evidencia los valores reinantes, la supuesta cordura nacional e individual.

Me gusta cuando Gógol entrelaza pensamientos dispares, bufonadas, delirios documentados en la cabeza del funcionario Aksenti Ivanovich Paprinschi. Deduzco que esa forma de contar, aparentemente absurda e ilógica, le ayuda a desbrozar la compleja mente humana, sus deseos, sus pasiones, sus anhelos, sus melancolías, su insensatez proverbial, la verdad disimulada, la presión de la realidad.

Gógol nos pone ante un espejo. Según Arriazu, «la locura del protagonista de 'Diario de un loco' es una fuerte impugnación del orden social jerárquico. El loco es quien pone en crisis la identidad social, o al menos la amenaza. La locura en-

trañaba en aquella época una visión de mundo que bien podía extenderse a la filosofía y a la literatura. Una visión de mundo con vasos comunicantes entre las ideas y el manicomio». Las actuales «cloacas del Estado» se encargan de denigrar y envilecer a los que el poder necesita quitar de en medio: los utópicos progresistas e idealistas lo tienen muy crudo, se impone la realidad pragmática y virtual, y el Gran Hermano los vigila y delata.

Paprinschin

Desplegó la noche del estreno su sabiduría escénica, los múltiples matices que un actor maduro puede ofrecer a un público crítico y expectante. Hace una semana me olvidé que Fernando Navas era mi amigo, estaba frente a frente con el oficina Aksenti Ivanovic Paprinschin, que en uno de sus delirios, exclama atónito: «¿A lo mejor soy un conde o un general o solo me parece que soy un consejero titular? Puede que yo no sepa quién soy. No entiendo como pude imaginarme que era

consejero titular. ¿Cómo se me pudo ocurrir semejante locura? Suerte que todavía nadie se dio cuenta, que si no me metían en un loquero». En ese ir y venir de la locura 'in crescendo' a una incisiva lucidez se removía en el escenario un Paprinschin enajenado.

¿Qué nos dimos cuenta el día del estreno de 'Diario de un loco' en el Teatro Guinguada de Las Palmas de Gran Canaria? Sin duda que Paprinschi no está muy lejos de ese vagar entre pensamientos inconexos en el que todos andamos dispersos y enredados el 50% de nuestro tiempo. Creo que Gógol nos interpela continuamente, nos empuja a recapacitar con autonomía y sin descanso, averiguando argumentos lógicos y esenciales en este aparente discurso irracional de un funcionario que anda fuera de sí. Pero la ponderación desmesurada del personaje, su hipóbole desmigajada tiene mucho que relatarnos. Y sin ningún didactismo, virtud literaria que se agradece, sin moraleja añadida tampoco, no es el estilo de Gógol.

Hay muchas verdades en las locuras de Paprinschi. Valle-Inclán estaba convencido de que «el humor es una forma superada de la inteligencia». Gógol conocía también el poder revelador de la sátira y lo caricaturesco, que le permitía mostrar el nonsense de su época, nombrando lo innombrable desde la hilaridad actoral y el divertimento argumental. Lo esencial es invisible a los ojos, escribía Saint-Exupéry, pero el humor es sin duda el mejor scanner que nos permite aproximarnos lo más cerca posible a la fugacidad de cualquier realidad y sus espejismos anexos.

Gógol salta la barrera del tiempo y en 2022 vuelve a quitar la máscara a nuestro mundo real y ficticio, confirmando el eterno retorno de la locura individual y social en sus múltiples variaciones y preceptos. Comenta Eugenio L. Arriazu: «Paprinschi pierde su identidad para que el relato enuncie una verdad sobre el mundo». El escritor gallego y el ucraniano estarían de acuerdo con este manifiesto. Y el público siem-

pre lo agradece, al menos el eterno inconformista, el que anda a menudo navegando en ese 50% revelador y recurrente.

No es fácil 'traducir' en el escenario el complejo estilo literario del autor ruso en 'Diario de un Loco', que obliga al actor a pasar en cortos espacios de tiempo del delirio a lo grotesco, del mimo al vocero delirante, de la lucidez surreal a la ambivalencia de carácter, de la ironía incisiva a lo escatológico del discurso. Y todo ello definiendo con la expresión corporal los infinitos matices de un loco que pierde a menudo los estribos pero que cuenta cosas esenciales.

Después de la poesía de Pushkin, Gógol, no siempre comprendido por el status cultural y político de la época, emerge como promotor del realismo ruso, influenciando su estilo en escritores de la talla de Tolstói y el propio Dostoievsky. Miguel Ángel Martínez, el joven dramaturgo canario, adaptó con enorme ingenio la compleja obra del escritor ucraniano y puso en manos de Fernando un texto renovado para el lucimiento de un actor experto en laberintos argumentales y sátiras encadenadas. La dirección escénica volvió a quedar en manos de la compañía teatral canaria Profetas de Mueble Bar (Juan Ramón Pérez, Carmelo Alcántara, Fernando Navas) con más de cuarenta años de apuestas teatrales de alto nivel.

'Diario de un Loco' debería permanecer en los escenarios de las islas durante meses, incluso en la Península y participando en eventos teatrales internacionales. Creo que Gógol agradecería el gesto de las instituciones culturales isleñas, sin duda. La otra noche en el Teatro Guinguada quedó confirmado el sabio aforismo valleinclanesco. Fernando Navas firmó con su enorme actuación esta evidencia; Miguel Ángel Martínez, con su espléndida adaptación teatral, el veredicto de un público entregado y la unánime ovación final. Y no lo olviden, de poetas y locos...ya saben de buena tinta el adagio. Se cierra el telón.